



De padres gallegos, desde niña estuvo en contacto con el mundo de la música, estudió canto en el Conservatorio y formó parte del coro de José Carreras. Licenciada en Filología Inglesa, fundó dos revistas de opinión y creación literaria en la Universidad de Deusto, a cuyas actividades culturales ha estado muy vinculada. Colabora habitualmente con los diarios La Razón, El Mundo y El País, también en la revista Jano y en Radio

Nacional. Su primera novela, *Irlanda* (Planeta, 1998), tuvo una excelente acogida por parte de la crítica especializada. Los elogios se repitieron con *Donde siempre es octubre* (Seix Barral, 1999). Su tercera novela, *Melocotones Helados* fue ganadora en 1999 del Premio Planeta. *El primer amor*, un ensayo sobre la primera pasión amorosa, ha sido publicado por Temas de Hoy (2000). Un año más tarde, gana el Premio NH a libro inédito de relatos con su obra *El Tiempo huye*. También cabe destacar sus obras *Aland la blanca*, poema épico (Plaza & Janés, 2001), *La última batalla de Vincavec el bandido*, novela juvenil (SM, 2001) y *Diabulus in musica*, (Planeta, 2001). *Cuando comer es un infierno, confesiones de una bulímica* (Aguilar, 2002), es su última obra.

«Caballero usted llora cada día
que usted no se dé cuenta es otra cosa»

Es admirable la belleza, Gonzalo Escarpa

No siempre he sido mala, ¿sabes? Ni siquiera tengo demasiado claro en qué momento descubrí que lo era, cuándo supe que no me importaba herir, ni causar lágrimas, que los pasos, los míos, los de los otros, continuaban pese al dolor, pese a lo que hiciera, y que en realidad nunca pasaba nada, nunca, nada, en realidad nada, nunca.

A veces gano, a veces pierdo todo. Estoy acostumbrada a no aferrarme demasiado a nada; ni a quienes viven conmigo, que hoy se muestran amables y mañana olvidan, mañana si seguimos vivos, si sigo viva, nunca se sabe, nunca. Ni al dinero, que corre y escapa, como si fuera agua y me cala los bolsillos intentando huir. Ni a las miradas afectuosas, a veces las recibo, miradas que no esconden envidia, ni deseo, ni curiosidad, los tres sentimientos que despierto con mayor frecuencia. Cuando pierdo comienzo un juego nuevo. Giro la cabeza, busco, cierro los ojos; algo me dice *es aquí, es aquí*. He visto a perros haciendo lo mismo, perros miopes, cegados por la caza y por el deseo de correr.

Las reglas son siempre las mismas: el que antes se retira, gana. Si él me mira, (él, cualquier él, no exijo mucho), y yo retiro la mirada, gano. Si comienza a charlar y yo me muestro distante, vuelvo la vista hacia otro lado y logro que calle, nervioso, gano. Hace falta sangre fría, a menudo el triunfo parece en la mano y un movimiento demasiado rápido lo espanta; otras veces, en cambio, es preciso perder al principio para asegurar el triunfo: fingir tristeza, y cuando soy interrogada por las causas, romper a llorar y abandonar la habitación deshecha en llanto. O bien, cuando salen a colación las mujeres, esas fascinantes frías lejanas incomprensibles crueles criaturas, bajar los ojos, comprensiva, apretar una mano como si se prestara calor y escuchar y permanecer en silencio por un minuto.

Una buena jugadora sabe cómo emplear las derrotas, del mismo modo que conoce qué ha de despertar, si curiosidad, si envidia, si deseo; casi siempre envidia, en hombres, en mujeres: el aire más altivo, la ropa más cara, el último bolso para las mujeres; la confianza en el oído del rival, elegir el sitio junto al inferior inmediato para los hombres.

Nada explica las pasiones. Yo no seduzco por necesidad, no lo hago por venganza; me dieron cariño en la infancia, soy linda y me han alabado, crecí

entre mimos y caprichos, nadie me hirió con mal de amores, nadie se explica qué mueve a algunos a escalar montañas, por qué perder una fortuna por el bulbo de un tulipán negro, o por un cuadro con girasoles, qué atrae en un país o en una religión ajena. He pensado (me encanta pensar, me encanta pensar cuando pienso sobre mí), que no es más que otra variante del pecado familiar, el amor por el poder, mi padre envenenado por la ambición, mi madre fascinada por la autoridad, mi hermano heredero de esa misma voluntad de imponerse, de controlar y de fustigar las mentes más débiles.

Algunos me conocen, otros no. No aparezco en las revistas, nadie sabe nada de mi vida privada. Sin excepciones, he sido discreta, y en caso necesario me hago pasar por tímida; y así, existe siempre una distancia entre los otros y mi sombra. Posiblemente se deba al apellido de mi padre; su parcela de poder causa ese efecto secundario, asusta y aleja. Somos una familia de vampiros, con bonita casa y bonita empresa, y apellido compuesto, pero vampiros al fin y al cabo, mi padre sorbiendo dinero, mi madre arrebatando corazones, mi hermano ladrón de cerebros. Pero yo busco algo más, algo menos, esa sutil diferencia entre quien realmente posee el poder y aquel a quien le dejan ejercerlo: yo ansío apoderarme de la voluntad.

No sé cuándo comencé a ser mala, ni tampoco cuándo mi padre se dio cuenta de que empezaba a ser realmente buena. Una mañana, finalizaba marzo árido y cubierto de viento, me invitó a comer y me habló de un negocio fallido. Yo levanté las cejas incrédula; nunca supe que mi padre hubiera errado un tiro, o sobrestimado a un rival. Sin embargo, en esta ocasión habían corrido más que él, y cuando le miré detenidamente descubrí por primera vez marcas profundas en la piel, un aire cansado que nunca antes había mostrado. Mi padre envejecía al tiempo que le timaban, y la certeza de una decadencia inevitable me hizo pensar en enfrentamientos con mi hermano, el cachorro de lobo, en herencias basadas en el último capricho del muerto, y sonreí, dispuesta a decirle que sí a todo.

Mi padre quería venganza, y me pedía que me acercara como una gata al socio traidor, Juan de la Cuesta, se llamaba, que como gata me portara y le destrozara todo lo que pudiera. No perseguía su dinero, sino su humillación, el viejo ladino arrastrado por una niña joven, convertido en el hazmerreír por caer en la historia más vieja del mundo.

—Si no te ves capaz de lograrlo —añadió mi padre— dilo ahora.

Me miraba a distancia; no era yo ya hija, me había convertido en herramienta, en una mano más para estrangular. Yo asentí con la cabeza.

—Que todo lo que me pidas sea como esto.

La fecha sería a finales de abril, el plazo una semana, el lugar un viaje en tren al que De la Cuesta invitaba a sus colaboradores y en el que yo también tomaría parte. Elegí con cuidado la ocasión y el vestuario; pensé en las horas

de intimidad entre los vagones y las cervezas, y sobre todo, en las sombras femeninas que podrían deslizarse a mi lado, camareras bonitas, acompañantes esclavas contratadas para la ocasión, quizás alguna mujer casada a quien se atraía al viaje para vencer sus defensas.

Fui cauta de más: no se molestaron en traer mujeres, convencidos del placer de charlar a sus anchas y beber sin tregua, y el resto de las pasajeras no viajaban solas. Me senté en la cafetería del tren y crucé las piernas. Bostecé; comenzaba la metamorfosis en mujer gata.

Juan de la Cuesta vestía con trajes aburridos y corbatas de colores brillantes, y no sabía comportarse con las mujeres. La primera noche, mientras los viajeros del tren fingían una jovialidad que a mitad de la cena se había convertido en auténtica, juzgué que dos días más bastarían para hacerle tambalearse. En aquella ocasión me contó que acababa de divorciarse, que la vida se le escapaba y él creía que era lícito divertirse, y mientras yo parpadeaba con calma me pregunté cómo era posible que aquel hombrecillo balbuciente y acalorado hubiera podido estafar a mi padre, frío y en guardia, si realmente existían campos en los que la competición se entablaba en otro nivel, casi siempre horizontal.

No reparé en el joven de la camisa verde hasta el segundo día, cuando ya Juan de la Cuesta tramaba trampas torpes para sentarse a mi lado y se libraba con cajas destempladas de sus colaboradores. En un primer momento creí que era uno más del séquito de mi presa, alguien más fiel, o quizás más despierto, que no consideraba prudente dejarme al jefe, exaltado como se mostraba. Luego me fijé en que casi no se miraban, que existía una desconfianza mutua entre el joven y el viejo a quien yo seducía, y me olvidé de él.

Se venció antes de la segunda noche. Yo me retiraba a mi camarote, el paisaje verde en penumbra como una cortina tras la ventana, cuando vi que me esperaba al final del vagón. Me cogió las manos, me las besó, su aliento a whisky y trajo viejo, y me apretó contra él.

—No puedo obligarte a que me quieras, pero sabe Dios que yo no puedo dejar de quererte.

Aquello sonaba a canción hecha, a rima de carpeta, a un desgarró mínimo en el alma, algo que podía repararse y desaparecer. Si no andaba con cuidado, el enamoramiento podía quedarse en nada, volatilizarse cuando el tren parara, varado el deseo en esa burbuja de espacio y tiempo que era el viaje. Yo le acaricié la mano; recliné la cabeza sobre su hombro.

—Si eso es verdad, Juan, ya tendrás tiempo para demostrarlo.

Me desasí de él y comencé a alejarme. Entonces me di cuenta de que el joven de la camisa verde esperaba a unos pasos, el corredor demasiado estrecho como para atravesarlo a la par que nosotros. Disimulé mi enojo: no debería encontrarse allí, no debería haber escuchado nada. El hombre se hizo a un

verle suplicar aumentaba el ansia que me inspiraba Raúl. Yo le sentía cerca, y me palpitaba una vena en la garganta cada vez que le veía.

Durante la última cena apenas probé bocado. Estrujaba la servilleta con una mano sobre el regazo, y apenas podía creer que aquella criatura devorada por los nervios fuera yo, y que aquel hombre que volvía a vestir una camisa verde se me estuviera escapando. El día anterior le había escuchado detenerse ante mi camarote, los pasos más lentos, un silencio, quizás el momento de indecisión antes de llamar a la puerta, y luego de nuevo pasos. Eché la cabeza hacia atrás, el viejo me susurraba no sé qué, y le busqué. Él ladeó la cabeza, y luego, muy lentamente, se volvió hacia mí.

Yo le sostuve la mirada, y al cabo de un momento, él sonrió. Los labios me temblaban, pero le devolví la sonrisa. Le brillaban los ojos, y supe que había triunfado, que aquella sonrisa escondía algo similar a lo que yo sentía, y que aquella noche terminaría en una victoria más de la niña mala.

No tuve que aguardar mucho. Yo le esperaba con la puerta entreabierta y sentada en la cama, atenta a los ruidos, segura de que esa noche acudiría y me destrozaría a dentelladas, ahogándome entre las plantas acuáticas de la angustia. La puerta se entreabrió para dejarle paso, y por un momento temí que no fuera Raúl, que fuera otro, otros, pero nunca Raúl, y todos eran Raúl, Raúl en todo, noche y luz, Raúl allí, desnudo junto a mi cintura, sus ojos insólitos y diferentes entre brumas abiertos de pronto, tenso y alerta como un gato, la boca entreabierta, los labios machacados por mis mordiscos.

Y mientras trataba de aferrarme al momento que ocurría, a aquel segundo, daba vueltas sobre la cama en penumbra, y se me fundían los huesos como a una muñeca de trapo, sucia y rebelde; golpeaba el colchón y ahogaba alaridos mudos cada vez más intensos. Imaginaba la zona oscura de su vientre, sólo adivinada en la noche, una lucha incesante de reptiles en movimiento, la carne abierta en vivo y las venas derramando sangre, a arañazos, a mordiscos, a bofetadas y huesos doloridos; volaba, volaba, era un cuerpo cubierto de agua, un grito en el aire, nada bajo él, aprisionada por las manos de Raúl que podrían desmembrarme como a un pajarillo durante el vuelo, atada a él con mi pelo, mi boca sumergida en su cuerpo, y yo más lejos, más arriba, perdida, lloraba de rabia, y esperaba que la muerte me rematara. Raúl lejos, Raúl fuera, todos Raúl y todo Raúl, en mis manos, en los rosales podados de la estación tras la ventana, en la lluvia, el tren parado y la cama acogedora y desnuda.

Y entonces me dijo, fíjate, ríete conmigo, me dijo *no me arrepiento de nada*, o puede que fuera *estuvo bien, lástima que el viaje termine mañana*, o puede que fuera *me he alegrado mucho de conocerte*. No importaban las palabras, importó el tono, la mirada sin fisuras, los párpados levemente entornados, la sonrisa de medio lado. Reparé en las iniciales de su camisa, que marcaban

R.D.C. en hilo verde, y pude ver en sus rasgos, aún sin temor, ni años ni carne, un gesto que yo había aprendido a reconocer en el viejo Juan. R.D.C., Raúl de la Cuesta, y en el mismo momento en el que se incorporaba pude reconocerle; supe que había sido tonta, que efectivamente jugaba con un igual, que habíamos competido y que él había ganado, ganaba siempre quien antes se retiraba; y mientras recogía su ropa y cerraba la puerta casi creí escuchar su risa, y yo no pude evitar la mía.

He visto a perros hacer lo mismo, pararse en seco con la cabeza ladeada tras el rastro de una pista falsa, no sólo había perdido, me habían vencido como habían vencido a mi padre pero no había sido el viejo Juan de la Cuesta, sino su hijo, mano en las tinieblas, amante abrasado, jefe auténtico en el negocio. Y su poder poseía el efecto secundario, de asustar y alejar a los colaboradores cretinos.

Intuí otra familia de vampiros, más reciente, menos formada, pero vampiros al fin y al cabo, un padre sorbiendo dinero, quién sabe si madre, quién sabe si hermanos. Y a mí ya no me valían las tácticas tradicionales, la guerra comenzaba en ese momento entre Raúl y yo, el combate por algo más, algo menos, por apoderarse de la voluntad del otro. Iba en serio de pronto, hasta que él llorara de deseo, o clavara sus rodillas frente a mi cuerpo, el juego iba en serio e iba a muerte entre la generación joven para quien las normas viejas no servían, en realidad nunca habían servido, nunca, de nada, en realidad de nada, nunca.